

SOCIEDAD SEÑORIAL: LA CLASE ALTA BOGOTANA Y SU RELACIÓN CON LA LITERATURA¹

Sara Milena ROJAS GONZÁLEZ*

- **RESUMEN:** Para finales del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia existe una sociedad señorial, que, siendo minoría, gobierna la nación por medio de diferentes estrategias. Tal es retratada por los escritores modernistas y por la literatura de entre siglos que representó, legitimó, aunque también criticó a esta minoría, dando cuenta de su formación, imaginario, sensibilidad y lenguaje. Este artículo tiene como objetivo general perfilar un marco histórico de aquella sociedad del entre-siglos, que sirve como punto de contextualización para hablar de ella. Aquí se identifican algunos elementos constitutivos de la sociedad señorial colombiana de principios de siglo XX como el espacio, la figura del poeta, la familia, la ideología, elementos transcendentales en la construcción de la nación. En seguida, se hace un acercamiento a los elementos que permitieron la creación literaria en América Latina y Colombia en medio de este contexto.
- **PALABRAS CLAVE:** Colombia, entre-siglos XIX y XX. Sociedad. Señorial. Literatura.

A finales del siglo XIX y comienzos del XX Colombia en su proceso de conformación como nación y sociedad experimentó la presencia de una clase señorial que buscó representarse a través de la literatura para desde allí proponer modelos de ciudadanía. Esta clase es en Colombia como en el resto de América Latina una herencia de la colonia y de su cultura monástica estratificadora. Su pervivencia ha dependido de elementos y valores específicos entendidos y utilizados como fundamentos de una ideología de su sistema de vida. Para Antonio García (1977) la institucionalidad, vista como mecanismo de ordenamiento social es medio de expresión y gobierno de una aristocracia en tensión con las fuerzas populares que se pronuncian por medio de revoluciones y alzamientos con miras a la desestabilización del estatus de una clase. La institucionalidad otorgó una posición o marca de clase a esta aristocracia y transformó a la sociedad colombiana del siglo XIX en sociedad señorial. También creó un sistema bipartidista que hizo que las familias más pudientes se convirtieran en partidos políticos. En efecto, la estrategia

* USB-Universidad Simón Bolívar. Departamento de Lengua y Literatura. Caracas - Venezuela. sarafilosafa@yahoo.es

¹ Artículo resultado de investigación dentro del proyecto titulado "Sociedad Señorial: De sobremesa de José Asunción Silva y La selva oscura de Emilio Cuervo Márquez" Inédita.

Artigo recebido em 20/05/2020 e aprovado em 10/08/2020.

bipartidista de grandes estirpes se extendió en Colombia y evolucionó a través del siglo XX en un poli-partidismo que sostuvo una república señorial.

Para comienzos del siglo XX con la conformación de la ciudad y el crecimiento de la industria y de la sociedad nace un proletariado industrial que constituye la posibilidad de quiebre o modificación de la evolución de la sociedad señorial colombiana. La aparición de este nuevo sujeto social provocó en la conducción política y el sistema de partidos, es decir, en los instrumentos de poder de la república señorial, aprehensión y aceleración en la conservación de su clase y en la lucha contra el cambio. Este sistema o esquema bipartidista se asoció internamente para concentrar la riqueza y se articuló en una élite oligárquica, aliándose también con empresas del extranjero para privatizar la escasa industria en el país. Con esto, la economía nacional se fue volviendo dependiente del extranjero y el Estado se fue organizando por castas, estirpes, generaciones, clases, hecho que las nuevas fuerzas del proletariado no lograron fragmentar. La sociedad señorial administró, fiscalizó y financió sus partidos por medio de la hacienda pública, legado de la colonia. Este elemento fue el medio para que la estructura de ingresos de las clases dominantes (terratenientes y burgueses) estuviera determinada por la evasión de impuestos de herencias y tierras. Desde la hacienda las clases ricas se encaminaron a una burocracia absolutista que disminuyó el gasto en políticas de desarrollo social y aumentó las políticas de tributación personal para las clases pobres. Tal organismo se financió, por tanto, con ingresos de clases pobres que en vista de los aumentos, la incapacidad de pago y la incapacidad de producción (por ausencia de crédito) se endeudaron a largo plazo contribuyendo a su quiebre y al déficit nacional. Ante aquellas acciones los partidos no quisieron hacerse garantes, la clase señorial colectivizó los actos e inescrupulosamente encubrió su responsabilidad comprometiendo valores católicos que se ufanaba por sostener.

El déficit de una hacienda pública pero señorial ancló en Colombia el endeudamiento público. Según García (1977) ésta fracasó, sin embargo, la república señorial permaneció y se sostuvo mediante la fuerza, la sectarización política en partidos, el soborno de nuevas generaciones y la institucionalidad de la corrupción. Además, se ocupó de mostrar estos valores como legítimos, lógicos, racionales y como derechos que los endeblés órganos de defensa social tendrían que asumir y aceptar. La república señorial se oponía a cualquier iniciativa a favor de las clases menos favorecidas. Para García, el Estado señorial definió su fisonomía jurídica desde la constitución de 1886 y el concordato de 1887 pero con tal antecedente no pudo evitar fisuras nacionales y la vinculación del país y sus estructuras a problemas continentales. En resumen, la continuidad de una clase señorial en Colombia ha dependido de fenómenos históricos específicos, a saber, la institucionalidad, la estratificación, el bipartidismo, la administración, un sistema jurídico, legislativo y ejecutivo, y, por último, el corporativismo; todos atravesados, según Fernando Guillen Martínez (1963), por la figura del latifundista y asumidos como las estructuras que determinan su permanencia y duración.

Según Rafael Gutiérrez Girardot (1984) para finales del XIX y el comienzo del siglo XX, Colombia es gobernada por una minoría resultado de la colonia descendiente de España, que cultivó el latín y conservó la estructura universitaria medieval que dignificó la lengua oficial de la iglesia. Colombia mantenía hábitos monárquicos, no había sufrido

los efectos de la modernización ni de la incorporación del país al sistema capitalista y su realidad social fue identificada con un régimen señorial. Éste se negaba a reconocer que, desde la revolución francesa, dentro del país como en el resto del mundo, los valores que para su legitimación invocaba como régimen mantenido por una alta sociedad, habían sucumbido bajo la marcha o el curso de la historia. La clase señorial bogotana reconoció como tautologías las reminiscencias de la colonia, conduciendo así su concepción de historia a una remembranza insustancial que la redujo a meras doxas que contribuyeron a tejer los fundamentos de la nacionalidad colombiana.

Bajo este sistema señorial, las prácticas de la sociedad colombiana estuvieron definidas entonces por el púlpito y, en general, por el dominio clerical, vistos como elementos que constituían su tradicionalismo y conservadurismo. Para Santiago Castro Gómez (2009) entre 1910 y 1930 surgieron nuevas fuerzas productivas que cambiaron la estructura de la sociedad colombiana, así como, un nuevo modo social de producción relacionado con la hacienda y la fábrica; además surgió un quiebre en los discursos hegemónicos filológicos, gramaticales y políticos, así como nuevos sectores sociales identificados en una burguesía, un proletariado y clases medias urbanas. En general, fueron décadas de cambio en las prácticas y en la movilidad social. Pero por encima de estos procesos, prosperó el discurso de la clase alta y sus relatos. Es entre 1925 y 1930 que la sociedad señorial colombiana parece iniciar un largo proceso de transformación debido a huelgas, florecimiento económico y nuevos grupos sociales. Sin embargo, Gutiérrez Girardot (1984) habla de un orden señorial que no quiso modificarse a pesar de las circunstancias. En respuesta a estas condiciones nuevamente se estratificó y dividió, lo que hizo aparecer una nueva clase alta señorial renovada y urbana.

Esta sociedad que intenta fallidamente integrarse al capitalismo embrionario condena todo pensamiento distinto al tradicional. Su moral entra en pugna constante con los ecos de una vanguardia y una contemporaneidad emergente. La reaparición del pensamiento liberal en Colombia en 1930, establecido en partido, restauró aquella sociedad señorial y legitimó su visión provinciana fundada en la propiedad de la tierra y la hacienda. Sólo hasta 1940 se puede hablar de una “[...] paulatina disolución de la sociedad señorial que posibilitó de diversa manera la aparición del poeta de corte intelectual” (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1984, p. 508). Sin embargo “[...] la pertinencia sutil con que se mantenía esta vieja sociedad, impidió el pleno desenvolvimiento del tipo de poeta” (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1984, p. 508).

La clase señorial promulgó unos cánones de belleza y gusto como signos de su superioridad social y aristocracia. Sus artistas se organizaron en sectas o ligas simbólicas para celebrar su bohemia, producto de la transformación nacional que los relegó a la marginalidad social. Esta bohemia fue signo de conformismo y sirvió como complemento de la clase señorial. Sus escritores se mantenían atados a principios morales, proponían una versión elemental de la teología mariana, un apego al sentimentalismo y una ideología basada en los residuos del tomismo de la sociedad hispánica. Estuvieron determinados por una perspectiva de mundo simple y dieron testimonio de esta cultura con un trabajo intelectual que fue respaldado y aplaudido por la clase a la que pertenecieron y que

leyó allí su retrato. Quienes estuvieron al margen de este régimen fueron considerados anómalos y extranjeros.

En 1894 el país vive en plena colonización ya que dominan las costumbres de la vieja Santa Fe, aun al nacer de la era republicana. Las leyes que cobijan a Colombia permiten mantener relaciones sociales de patronato (encomenderos) y servilismo tal como imperaban en la colonia. Según Cordovez Moure (1946), los anhelos de esta sociedad eran los de situarse en una posición social alta, a saber, ser familia del Papa o del arzobispo de Bogotá, ellos colmaban los deseos del ciudadano. Eran sinónimo de dignidad, estatus alto y conservadurismo. Los capitalinos eran pudientes y excéntricos, gustaban de lujos, en sus casas guardaban cofres llenos de dinero, tenían sillitas y taburetes de cobre. Sus negocios eran las tiendas de boticario, cerrajerías y chicherías, allí exhibían sus relojes de pared. Se divertían con la pena de muerte por robo que era un espectáculo público en la plaza central, con tiros hacían una persecución desde una capilla hasta la plaza central acompañados de reos y sacerdotes, la vida terminaba en un paredón. Miguel Cané (2005) encontró la capital enferma, tenía un caño podrido y se veían casos de lepra. Sin embargo, familias pudientes necesitadas de comodidad, mandaban traer pianos y espejos del extranjero y tapizaban las paredes de sus casas. Tocaban bambucos en las fiestas y estos eran sus signos de cultura y sabiduría. Según Cané era común morir a los cuarenta años y era normal que quienes viajaran al canal de Panamá murieran pronto, a los veinticinco o veintiséis años.

Sus escritores cultivaron y reflejaron la cultura de viñeta y los rasgos *cosmopolitas* de una sociedad señorial campesina que se constituyó con reminiscencias de la colonia. Tomas Rueda Vargas (1977), uno de los representantes de esta clase hizo honor a la parte más fértil de la planicie, la sabana de Bogotá. Aquella era un símbolo de opulencia, se la consideraba Las Vegas de Bogotá, los páramos que la cercaban también hacían parte de ella, allí compraba el adinerado y sembraba trigo en grande. “Los propietarios eran los grandes señores bogotanos; los gutiérrez, los lozanos, etc.” (RUEDA VARGAS, 1977, p. 11). En ella se crearon milicias a raíz de la independencia dirigidas a caballo por bohemios políticos y generales de Bogotá. “Divídase la sabana y así ha sido desde que se creó la encomienda, en tres clases de abajo hacia arriba son: el peón, el mayordomo y el patrón. La primera es de infantería, las otras dos de caballería” (RUEDA VARGAS, 1977, p. 19). Para Rueda Vargas toda clase se renueva por sí misma para no perecer. “La sabana es completamente aristocrática” (RUEDA VARGAS, 1977, p. 20). Las gentes de las clases altas creen que son la clase alta dirigente, simulando así cumplir con una orden real. Sin embargo, hay una lucha entre algunas de sus personalidades que intentan cambiar de estatus. Los orejones conocidos como negociantes en pequeño tratan de salirse de su clase para volverse cachacos y pierden parte de su identidad, así mismo el sabanero que intenta ser orejón solo logra simularlo, este es el fracaso eterno de los imitadores “mientras más ruedan más se debilita su personalidad” (RUEDA VARGAS, 1977, p. 21). El que se sale de su clase falsea el concepto de posición, prostituye su vida y sacrifica la armonía de su existencia campesina.

Los hijos de los sabaneros ven en el pueblo como llegan a veranear familias de la *high* de la capital, y como quieren imponerles cambios. Sin embargo, el sabanero se

considera en Colombia una clase alta, usan la ruana como signo de honor, critican las costumbres de los capitalinos y discrepan de sus relojes, el pluviómetro y el barómetro. “Admite la clase alta sabanera, no dirigente porque la que realmente dirige es la media, la clasificación siguiente: el sabanero puro que mantiene la tradición y el equilibrio de su clase, el orejonizante, el neófito y el práctico que llamaremos intruso” (RUEDA VARGAS, 1977, p. 27). El primero es una minoría caballerosa y tradicional, un pujo aristocrático. El segundo, que viaja y vuelve a Colombia es un orgullo para la familia. El neófito es el niño de la familia sabanera, le aburre el campo y quiere parecer hombre de negocios. El sabanero es nostálgico, añora su tiempo pasado en que no había aun industrialización, sus molinos de piedra, sus eucaliptos y caballos. El caballo y la sabana son un sinónimo de clase señorial, su dominio da honor y renombre.

La capital, epicentro para la sociedad señorial simula ser capital de reyes. Las familias campesinas representan su estirpe, tienen carruajes tirados por mulas y los más pudientes tienen coches. La sociedad gusta de asistir a carreras de caballos montados por sus dueños. Los espectadores también llegan a caballo. Según Rueda Vargas (1977) desacreditaba ir al arco en potros de trote, era importante ir en caballos de paso. Se veían *Ford*, *Buik* y *Fiat* pero la nostalgia por el animal estaba presente. La ciudad era testigo del poco asentamiento debido a la guerra que se había llevado a los hombres. La idea de comodidad de la sociedad señorial pasaba por una remuneración suficiente que permitiera recorrer la sabana, ser solvente para comprar potras, asegurar el futuro de los hijos por medio de favores, tener una mujer que se dedicara a la beneficencia con los pobres y a realizar tertulias en casa mezclándolas con negociaciones, para terminar en el lecho de muerte con la lectura de un poema. Tenían una patrona: la virgen de Chiquinquirá tejida en manta a quien consideraban tan española como colombiana y encomendaban la educación de sus hijos. De cumpleaños pagaban a sus hijos un profesor privado para que enseñara francés, no por esto, negaban la necesidad de aprender la lengua materna, ella mantenía unidas las naciones.

Tomas Rueda Vargas en su apología reconoció como cultos aquellos privilegiados que hicieron mención de la cultura griega y del estudio del latín. Él se carteaba con personalidades políticas determinantes en la evolución de la nación como Rufino José Cuervo, Miguel Antonio Caro, José María Groot o Sergio Arboleda. Sus amistades más cercanas eran intelectuales acomodados en Bogotá o en París. El hombre modelo de esta sociedad sería para Rueda Vargas un José Manuel Marroquín, un aristocrático rancio que fue sacerdote y ciudadano que disfrutó de una hacienda modesta por herencia, allí había un oratorio en donde se celebraba misa en diciembre y asistían el señorío viejo y nuevo de la sabana, los campesinos descendientes, etc. Esta minoría dejaba ver una nostalgia por su vida de hacendados con su tierra y sus lujos, por la noche buena, por la infancia, la adolescencia y, en general, una melancolía por todo tiempo pasado. Las grandes familias estaban afanadas por mostrarse en la capital, por viajar al exterior y vivir un cierto progreso. Se encomendaban a Dios y mantenían preocupaciones de clase, educación y por emular ciertas maneras políticas para alcanzar un determinado estatus. Rememoraban el *vals*, leían a *Flaubert* y en su tiempo de ocio tocaban piano, aquel era considerado una necesidad no un lujo. “Las grandes marcas rivalizaban aquí como un timbre de aristocracia

en los salones, quizá más como una muestra de buena educación” (RUEDA VARGAS, 1977, p. 221). Las reuniones familiares y las visitas eran una mezcla de política y una tradición entendida como una herencia, allí comenzaba la carrera política. En el hogar se vivía el progreso a la sombra de la catedral, allí se pasó de la lámpara con aceite y la de cera dentro de un cristal, a los picos de gas y a la lámpara eléctrica.

Fernando González (1929) en *Viaje a pie* habla de una sociedad educada en la consagración clerical, en el conservadurismo, las restricciones, llena de digresiones e interrupciones mentales e intelectuales, llena de imposiciones y desconocimientos; condenada por el pudor, la moral y llena de determinismos y prohibiciones. Una sociedad que excluye personas distintas que salgan del molde determinista y conservador y propongan otras concepciones de la vida y del pensamiento. Sus personalidades temen hablar de la desnudez y el sexo pues el cuerpo es considerado una humillación, acusan a la mujer de adúltera y prostituta y temen ser juzgados entre ellos, pero a la vez, confiesan al cura sus culpas porque lo consideran exento de estas. Solo él está por encima de ellos y los puede expurgar. Se pudiera decir que, subiendo los Andes, la sociedad parece ser cada vez más moralista y prejuiciosa.

La finalidad más inmediata de esta sociedad es obtener dinero con permiso y crédito de Dios. El dogma la envolvió en meras generalidades y el confesionario y el diablo fueron su universidad y maestros, allí “[...] el espíritu se modelaba y perfeccionaba en la deleitación y en el estudio de sus perversidades” (GONZÁLEZ, 1929, p. 32). Sociedad movida por el hambre, el amor y el miedo, pero el hambre la hizo evolucionar más, aunque el diablo y el partido conservador eran sus dueños, copropietarios y socios, el hambre la llenó de robos y asesinatos. Una Colombia, la de inicios del siglo XX, conservadora, casta, sin opinión pública, cohibida y rígida hasta en pensamiento que no reflexionó sobre su capacidad de pensar, vio esta función como impropia a causa de años de educación por el clero fanático al dogma. Ni la modernidad, ni lo moderno, ni la ciencia tuvieron impacto y espacio en estos tiempos, el conocimiento tuvo pocas opciones. Esto tuvo como consecuencia una sociedad dominada por criterios de amenaza y castigo que no permitieron un desarrollo de los saberes más tolerantes y propensos a la apertura. Para Fernando González, en general, la sociedad americana y colombiana no tenía personalidad, ella creía en modas importadas que debían ser asimiladas que fomentarían su engrandecimiento.

Para Baldomero Sanín Cano (1978) la sociedad del entre siglos vive aislada de sí misma, no se conoce, es individualista, vana e ignorante por su recogimiento y encierro. Crece gracias al presupuesto público, es hija de rigores coloniales y desórdenes civiles y se organiza en clases de propietarios y mercantiles y entre ellos comparten y sostienen el poder. Sus prejuicios consisten en creer que fuera de la ciudad se vive en el analfabetismo, mal gusto y la vulgaridad, sin darse cuenta que esta misma clase en su organización es más provinciana que la rural a pesar de sus modas, elegancia, y divisiones de clase. La prensa capitalina es otro síntoma de la falta de apertura de la sociedad colombiana hacia el extranjero que se limita a registrar noticias locales, aunque, es para el escritor que la funda su forma de renovación más inmediata.

De la enseñanza humanista dependía la creación de una tradición crítica, pero ésta era lenta en Colombia y sus escritores terminaron por aceptar un público analfabeto y semi letrado que no rechazó la tradición y gustó de improvisar. El entre siglos no sirvió para que esta minoría superara sus prácticas coloniales o españolas. Su aislamiento no le permitió sospechar y cuestionar sus maneras y formas de gobierno que siguieron proliferando. Los integrantes de esta clase a través de su literatura y de su poder político decretaron leyes sobre la instrucción pública o educación e instauraron una ideología eclesiástica y se identificaron con sus valores religiosos. Para los políticos las letras eran consideradas un arma para poner en alto el honor y el apellido. Las mujeres de clase alta también tenían una relación con la letra, escribían un diario y en él plasmaban su educación.

Para Guillen Martínez (1963, p. 198, énfasis en el original) “[...] la crisis orgánica de la psicología colectiva colombiana se refleja dentro de la ‘nueva clase’ en una serie de angustiosas perversiones del sentimiento de ‘honor’ y del deseo de cultura”. El concepto de clase es el elemento a través del cual se explica la organización de la sociedad señorial. La sensibilidad de esta clase alta bogotana o de esta clase señorial se traduce en su saber hacer y en sus prácticas, ese es su poder, el lugar que aquella habita, su forma de relacionarse en él, su ideología y familia la define y le permite sostenerse.

Bajo esta minoría en el poder y este contexto social y político, la literatura colombiana empieza su desarrollo inscrita en los presupuestos culturales de la sociedad señorial, lo que provocó que no lograra desarrollar una capacidad crítica y distanciarse del discurso de la vida sacramental y religiosa que ésta ostentaba. Para Gutiérrez Girardot (1984) la literatura fue usada sólo como atavío y decoración de los objetos, se caracterizó por una estética y una retórica ornamental que representaba los problemas de la nación como si fueran una viñeta, sin estudiar a fondo la realidad y sus conflictos pues retrató el nivel estético y retórico del discurso de una clase social con un ideario intelectual limitado que se resistía a asumir los cambios que estaban ocurriendo a partir del auge del progreso y del desarrollo propios de la modernidad.

Los intelectuales de esta época estudiaron, representaron y encarnaron ciertos ideales de la minoría señorial que gobernó al país, proponiendo así, que la misma expresaba un cierto tipo de humanismo que superpuso los conflictos de partidos a los conflictos sociales. Esta clase pensó la nación desde la sabana o la ciudad y no como una totalidad de regiones distintas; se limitó a localidades, es decir, en vez de hablar de Colombia, habló de la capital o la sabana, allí la nación fue anónima. De este modo trivializó la posibilidad de hacer cultura a través de la literatura al reducir los problemas sociales a sus anécdotas y problemas de casta y clase y las reflexiones intelectuales a sus crónicas de haciendas y regionales. Sus escritores carecían de los presupuestos para proponer proyectos sólidos y concretos que pudieran develar lo que se hallaba bajo la superficie de su sociedad porque su concepción de literatura era ornamental, es decir, la usaron para embellecer y adular sus propios valores. Muchos de los escritores de esta época conservaron y difundieron la mentalidad colonial y pacata de su clase; se encargaron de ser portavoces de sus valores, maneras e ideales; redactaron, pulieron y ennoblecieron sus presupuestos y pocas veces los criticaron. No obstante, escritores como José Asunción Silva y Emilio Cuervo Márquez reflexionaron sobre el papel y la imagen del poeta y el intelectual dentro de esta clase

señorial y, a la vez, la estudiaron y retrataron sus pretensiones, desenfrenos, obsesiones y sensibilidades.

Literatura, política y cultura

La literatura latinoamericana del entre siglos XIX y XX y posterior viene de un proceso encabezado por figuras como Faustino Sarmiento, Simón Rodríguez, Andrés Bello, Simón Bolívar, José Martí, José Fernández de Lizardi, Miguel Antonio Caro, entre otros, ellos fueron el antecedente de la producción del siglo XX. Los problemas políticos y sociales del siglo XIX latinoamericano exigieron que los intelectuales abordaran en su práctica literaria problemas políticos lo que produjo como consecuencia la institucionalización de la literatura. Esta porosidad entre discurso literario y político revelaría las costumbres nacionales, las tensiones internas entre las clases y las culturas, entre civilización y barbarie. Se trata de una literatura que tiene la función de fundar la nación a través de la representación de principios de ciudadanía que implicaban el reconocimiento de “los otros” de la nación, es decir, esos sujetos bárbaros que había que educar y controlar.

En este sentido la práctica literaria rastreó la línea o frontera impuesta por diferencias sociales de clase y sus posibles contaminaciones y contactos. La institucionalidad de ese saber decir y ese saber del otro, en su ejecución se direccionaron a la administración de la vida estatal, desde allí se reconoció el trabajo intelectual y la escritura se configuró una actividad política. Andrés Bello postuló una “escritura literaria” como un “[...] paradigma del saber decir, medio de trabajar la lengua en estado natural para la transmisión de cualquier conocimiento” (RAMOS, 2009, p. 66). La letra y su escritura eran una actividad pública que tenía la función de “ordenar” la ciudad y proporcionar las condiciones necesarias para el ejercicio de la ley. Las letras funcionaron como el medio del proyecto modernizador hasta finales del XIX, instaurando la literatura como disciplina académica y como un discurso capaz de instaurar una serie de categorías y dispositivos sobre la lengua, elementos que la diferenciaron de otros discursos y prácticas incivilizados culturales. Además, en el entre siglo, el escritor se profesionalizó lo que implicó que tuvo que asumir una función pública a través del periodismo y del ejercicio de escritura de crónicas.

Otro factor que tuvo un fuerte impacto sobre la figura del escritor y la literatura fue la difusión de la tecnología que modificó el mismo oficio y ejercicio literario. “Aun en los escritores aparentemente más aferrados al individualismo la actividad literaria comienza a ser una práctica compleja ‘calculadora’” (RAMOS, 2009, p. 299, énfasis en el original). Es decir, medida, ordenada, planeada. Para José Martí la literatura era “[...] una forma de verdad distinta que debía tener medios específicos rigurosos... y cambiar la vida “para reformarla” conociéndola” (RAMOS, 2009, p. 302). Ella tenía que participar activamente en la sociedad a través del periodismo y otras prácticas estéticas que dan cuenta de un cambio en la noción misma de literatura y de público. La aparición de la cultura de masas y del público masivo consume diferentes productos literarios como el teatro, la zarzuela, el periodismo, la novelas por entregas. La escritura entonces tuvo que disputar su espacio

entre otras prácticas culturales que aparecieron en la época relacionadas con la industria del ocio y entretenimiento. En ese proceso se manifestó su voluntad autonómica en medio de una modernización y un desarrollo desigual.

El crecimiento fragmentado de la ciudad, la instalación de sistemas de transporte, la desarticulación de las familias ante el impulso urbano y una crisis generalizada por la modificación de un territorio, desarmaron los sistemas tradicionales de análisis y representación. La literatura se convierte en un espacio en tensión entre la voluntad de preservar modelos pertenecientes a la sociedad decimonónica y a ciertas clases señoriales y la voluntad de instaurar nuevos paradigmas estilísticos e ideológicos del mundo y de la sociedad. En este sentido fue también el lugar de aparición de ciertos desacuerdos respecto de normas y concepciones pertenecientes al discurso oficial. El escritor busca representar la figura del poeta y sus malestares respecto del tiempo y la sociedad. Para José Antonio Osorio Lizarazo (2013), el artista de inicios de siglo es un hombre que usa la literatura para mostrar las fisuras y contradicción del poeta, su dificultad existencial para habitar el mundo y crear a partir de nuevos presupuestos estéticos.

Para Ángel Rama (1985) entre 1870 y 1920 las distintas expresiones literarias sostienen el modernismo, un movimiento que nace de un reclamo y una presión externa sobre Latinoamérica, que brota de un contacto de culturas, tradiciones, sensibilidades que provocan una tensión entre renovación y ruptura. Aquí el escritor convive con distintos presupuestos y referencias estéticas y busca darle nueva forma al verso. Para Carlos Real de Azúa (SOSNOWSKI, 1996) es entre 1885 y 1905 que se manifiesta el modernismo, él se mueve entre posturas de estridencia y de mimetismo, opciones libertarias y autoritarias, conductas conformistas y rupturales. Insurge contra tradiciones y novedades y cae en un manierismo doctrinal cuando no hay fuerzas históricas que le provoquen incidir o transformarse. La literatura de estas décadas fue afectada y rotulada en este modernismo que consistió “[...] en una actitud de abierto elitismo cultural y social” (SOSNOWSKI, 1996, p. 411) que rindió “[...] culto a lo que variablemente encomiaban con los adjetivos de ‘selecto’, ‘raro’, ‘delicado’, ‘exquisito’, ‘refinado’ pero sobre todo con el de ‘aristocrático’ un término que para ellos aunaba, mediante un formidable poder recolectivo, todas las excelencias imaginables” (SOSNOWSKI, 1996, p. 411, énfasis en el original).

Para Real de Azúa el modernismo no tiene una fuerza histórica que lo reclame, no hay ninguna clase o sector que lo demande con ansia. Además, es insolvente, no responde a realidades básicas y se sostiene en un dogmatismo con sus juicios individuales y su lenguaje de actitudes. Sus escritores simulaban una convicción elitista, un gesto de desprecio racista y una insistencia de lo aristocrático, ornamentaron con un arielismo el liberalismo y conservadurismo del entre siglos, y a la vez, despertaron movimientos asumidos como rechazo de valores burgueses. Esta juventud solo tenía compromiso con su vida y *estatus quo*. Sylvia Molloy (2012) propone que el modernismo es una tendencia estética condicionada por el contexto de la modernidad incipiente y preocupada por qué hacer con lo nuevo. Los discursos como la psiquiatría, la medicina, el derecho, la política norman la vida reprimiendo todo desvío o anomalía como la homosexualidad, la locura, la depresión, el aburrimiento. La literatura modernista se convierte en un lugar que hace

aparecer tanto la norma como su excepción en nombre de una voluntad de contribuir a la formación de la nación y de sus ciudadanos.

Rafael Gutiérrez Girardot (1989-1990) se refiere a la formación de la vida literaria de la época en estos términos:

Faltó para ello la discusión crítica, faltó la asimilación de la tradición griega y latina, faltaron las heterodoxias, faltó el humanismo. Los rudimentos de “vida literaria” correspondieron no solamente a la “sociedad nueva” sino tuvieron su causa en el doble fervor de la corona, es decir, mantener la pureza de la fe e impedir el ascenso de los criollos. Las instituciones educativas y las fundaciones de universidades encontraron su límite en el mantenimiento de la honradez de la fe, garantizada ya por el hecho de que esas instituciones estaban en manos de órdenes religiosas (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1989-1990, p. 14, énfasis en el original).

Esta condición modificó entonces la aparición y consolidación de lo que Gutiérrez Girardot llamó escritor (actor inmediato en la ejecución de la escritura):

Es consecuentemente el objeto primario de cualquier interpretación social de la literatura (vista como todo lo escrito). En él, no como individualidad, en lo que él pretende y en lo que lo condiciona y él condiciona socialmente, puede desencubrirse la compleja red de la “mediación”, esto es, los modos por los que estructuras y posiciones ideológicas sociales se imponen en la literatura (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1989-1990, p. 14, énfasis en el original).

Para Gutiérrez Girardot (1989-1990, p. 15, énfasis en el original), pensar “[...] los rudimentos de ‘vida literaria’ obligan a centrar el análisis de la historia de la literatura hispanoamericana después de la independencia en la figura del ‘escritor’” que tiene rasgos esenciales como:

El del “funcionario-escritor” no exclusivo de Hispanoamérica, que dio pie para la creación de la figura del “hombre de letras-político”, cuya desaparición causada por la “división del trabajo” lamenta el platónico Pedro Henríquez Ureña. Pero estos rasgos se van transformando en el curso del tiempo, más aún, se invierten de modo que “el funcionario-escritor” (el funcionario que por serlo puede ser escritor) se convierte en el “escritor-funcionario” (el escritor que por serlo llega a ser funcionario). (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1989-1990, p. 15, énfasis en el original).

Estos cambios del escritor que seguían vigentes durante el siglo XIX permitieron vislumbrar los rasgos de una incipiente profesionalización en el hombre de letras que evidenció una tradición de respeto por el escritor, la misma que le permitió convertirse en funcionario del proyecto nacional. La formulación de este proyecto de racionalización tuvo a la vez un efecto negativo “[...] el empeño no solamente despertó resistencias considerables sino trajo consigo evidentes ambigüedades... que caracterizan el proyecto como una contraposición al pasado colonial español” (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1989-

1990, p. 15). Esto tuvo como necesaria consecuencia adjudicar a sus representantes la incapacidad de considerar el pasado colonial español como una herencia relevante. El hombre de letras:

No equivale en el contexto histórico-cultural hispanoamericano al término francés *homme de lettres*.... ese *homme de lettres* no lo conoció ni la colonia ni la península... En el siglo pasado (XIX) el hombre de letras aprovecha las posibilidades de la nueva situación y si no se profesionaliza ejerce su vocación literaria con intensión política... No lo hace pues gracias al ocio y la libertad como el *homme de lettres* sino al servicio de las nuevas repúblicas, y eso le da una función pública. Tal función y acción públicas... constituyen un paso previo para la “profesionalización” del hombre de letras: es el “escritor” (GUTIÉRREZ GIRARDOT, 1989-1990, p. 20, énfasis en el original).

El sujeto hispanoamericano aficionado a las letras que logra convertirse en escritor y que logra volver su acción pública y política, se convierte en el entre siglos en intelectual, es decir, en un escritor politizado, determinado por rasgos específicos o transformaciones específicas en su formación, que habían sucedido en el siglo anterior. Ese poder intelectual que adquirió y construyó comprobó que la racionalidad o la autonomía de la razón eran también esencialmente políticas y que a ellas les correspondía orientar la sociedad y el Estado.

Según Andrés Holguín (TIRADO, 1989) la literatura en Colombia durante su periodo colonial y de independencia es un eco de lo que se consideraba literatura en España. Los siglos XVI y XVII en España han sido estimados como la edad de oro de las letras hispánicas, pero durante la colonia, en la Nueva Granada, los ecos fueron mínimos. Resuena afortunadamente para esta época una creación propia, la de Francisca Josefa del Castillo, nacida en 1671. Tunja su ciudad natal fue testigo de su escritura mística y autobiográfica. Para Holguín, en la época de independencia no hay aportes estéticos significativos, debido a que el trabajo literario más consciente de Colombia se produce entre 1886 y 1930. El inicio de esta literatura se da en medio del aislamiento del escritor. Esto determinó su pensamiento y producción. Su circunstancia explica por qué dejó vacíos o ausencias en su literatura, y explica, aunque no justifica, la imposibilidad de dar testimonio más amplio y crítico de su tierra y tiempo. Esa imposibilidad en la escritura colombiana no es gratuita y mucho menos obvia. El subjetivismo rayó en la creación lírica al margen de la historia permitiendo al poeta escribir más sobre él que sobre los hechos inmediatos. Este romanticismo atravesó las producciones decadentes de Julio Flórez, Rafael Pombo, José Eusebio Caro y Rafael Núñez, así como una nueva era en la poesía colombiana reconocida en Guillermo Valencia, quien cae en sentimentalismos y retóricas modernistas junto a Leopoldo de la Rosa. Es hasta fines de los años veinte que se muestra un trance de superación entre el Romanticismo y su presente.

Para Rubén Sierra Mejía (TIRADO, 1989) a fines del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia, los estudios filosóficos están dominados por el neotomismo debido al movimiento político conservador llamado Regeneración y las encíclicas de León XIII. Miguel Antonio Caro uno de sus representantes, en polémica con el utilitarismo, inició

la restauración del tomismo (conocido como doctrina del pensamiento de Santo Tomás de Aquino y emblema de la filosofía medieval religiosa europea) fundamentalmente en la versión de Jaime Balmes. Su influencia alejó “[...] las posibilidades de desarrollo de todo pensamiento filosófico que se pudiese considerar adverso a las doctrinas cristianas, haciendo posible así la restauración” (TIRADO, 1989, p. 211). El sacerdote colombiano Rafael María Carrasquilla quiso demostrar el carácter científico de la ideología medieval católica, acción que le permitió convertirse en el ideólogo de la república conservadora después de la Regeneración. En la época imperaron ideas relacionadas a la ciencia subordinada a la religión y la política en concordancia con doctrinas católicas. Intelectuales como Carlos Arturo Torres y Luis López de Mesa entraron en pugna con el tinte católico al que habían sido reducidos los estudios filosóficos de su tiempo e hicieron contrapeso al pensamiento ortodoxo.

La narrativa por su parte tiene sus representantes más importantes en José Asunción Silva, Emilio Cuervo Márquez, Tomas Carrasquilla, José Eustasio Rivera, entre otros; el ensayo en Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, Marco Fidel Suarez, Baldomero Sanín Cano y Fernando González; la lírica en Porfirio Barba Jacob o Miguel Ángel Osorio, al lado de, León de Greiff. Estas propuestas estéticas convivían con una dificultad para crear un sentimiento nacional mediante la literatura. El país necesitaba aunar fuerzas para luchar contra la conformación inmediata de la ciudad y crear así un desarrollo distinto al hegemónico, necesitaba renovarse y la literatura sirvió para dar forma en medio de voluntades intelectuales sometidas a los rigores eclesiásticos.

La literatura del entre siglos XIX y XX es significativa porque ancla la producción discursiva de los escritores y deja ver la fuerza de las voces y palabras que configuraron y organizaron una nación, ella es un motor para la sociedad y concreta una función de las letras. La elaboración de esta voz/palabra es anudadora y actúa como intermediaria entre imaginación y realidad y, hace aparecer unas prácticas específicas. Esta literatura adquiere, como se dijo anteriormente, un papel en tanto se usa como espacio para hacer aparecer sensibilidades, contradicciones de la sociedad de la época, reflexiones y críticas sobre la circunstancia histórica. Para Rafael Gutiérrez Girardot (1976) en esa relación la literatura es un producto del espíritu y su protesta es disolvente del viejo orden. La literatura adquiere así un desempeño crítico, teórico e histórico y recorre un camino cultural.

Ahora, el marco histórico de finales del siglo XIX y comienzos del XX en Colombia afirma la existencia de una sociedad señorial, que siendo minoría gobierna la nación por medio de diferentes presupuestos. Tal es retratada por los escritores nacientes cuya narrativa es considerada de élite o aristocrática. La literatura de entre siglos representa y legítima, aunque también critica a esta minoría dando cuenta de su evolución, imaginario y lenguaje. Aquella gobierna al país a través de una institucionalidad (mecanismo de ordenación) y un sistema de partidos. El crecimiento provoca en esta clase aceleración en su conservadurismo y deseo de permanecer y consolidarse en el poder. Aquella administra la nación mediante la hacienda pública y se blinda con la constitución de 1886 y el concordato de 1887. El sistema jurídico y el corporativismo también son sus armas. Este régimen señorial domina el país e institucionaliza una historia fundada en las reminiscencias de la colonia, sus décadas son de cambio, pero prima sobre este el discurso

de la clase y una nueva estratificación y división estratégica. Su ideología configura como digno obtener un estatus o una posición social alta. Sus familias buscan exhibirse a través del uso de mercancías y objetos exóticos y de lujo. Sus escritores viven en tensión entre ideales de creación artística y cultivo de cosas triviales y escriben sobre la belleza de la provincia y la aristocracia de la sabana, disfrutan tener una hacienda en las afueras de la ciudad emergente, viajar y al regresar mostrar los lujos de sus casas. Es una sociedad aislada, católica, tradicional, que quiere abrirse al exterior y se hace llamar cosmopolita.

La literatura del entre-siglos pugna de forma gradual con el saber político y tecnológico de esa sociedad señorial, a la vez, es enmarcada dentro el modernismo y tiene que sostenerse y mostrar una conciencia de sí, una voluntad de sí, aun con las secuelas de la poca formación de la vida literaria que le deja el anclaje de una España. Su proceso implica pensar la formación del escritor y cómo su acción se explica con la racionalidad o autonomía de la razón, con una función política que debe orientar la sociedad y el Estado. Con esta función de la literatura de fondo la creación literaria en Colombia lucha contra ideologías retóricas, románticas, neo tomistas, conservadoras y ortodoxas hasta que adquiere espesura crítica en la narrativa de autores como José Asunción Silva y Emilio Cuervo Márquez. Ahora, la representación de la sociedad señorial en Colombia en el entre-siglos XIX y XX, su configuración estética, las características, lenguajes, modos, las prácticas sociales, políticas, afectivas y su discurso es relevante en tanto permea ese carácter fundacional de la literatura en Colombia.

AGRADECIMIENTOS

A la vida...

A cierta in-disciplina...

A Gina Saraceni, mi orientadora...

ROJAS GONZÁLEZ, S. M. Señorial society: the bogotan high class and its relationship with literature. **Revista de Letras**, São Paulo, v. 60, n. 1, p. 139-152, jan./jun. 2020.

- **ABSTRACT:** *At the end of the 19th century and the beginning of the 20th in Colombia there is a stately society, which, being a minority, governs the nation through different strategies. Such is portrayed by modernist writers and by the between-centuries literature that he represented, legitimized, although he also criticized this minority, giving an account of their training, imagination, sensitivity and language. The general objective of this article is to outline a historical framework of that society between centuries, which serves as a contextualization point to talk about it. Here some constitutive elements of the Colombian manor society of the early twentieth century are identified, such as space, the figure of the poet, the family, ideology, transcendental elements in the construction of the nation. Next, an approach is made to the elements that allowed literary creation in Latin America and Colombia in the midst of this context.*
- **KEYWORDS:** *Colombia, between the 19th and 20th centuries. Society. Manorial. Literature.*

Referencias

- CANÉ, M. **En viaje**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 2005.
- CASTRO GÓMEZ, S. **Tejidos oníricos: movilidad, capitalismo y biopolítica en Bogotá. 1910-1930**. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, 2009.
- CORDOVEZ MOURE, J. M. **Reminiscencias de Santa Fe y Bogotá**. Bogotá: Biblioteca Popular de Cultura Colombiana, 1946.
- GARCÍA, A. **Colombia, esquema de una república señorial**. Bogotá: Cruz del Sur, 1977.
- GONZÁLEZ, F. **Viaje a pie**. Envigado: Otraparte, 1929.
- GUILLEN MARTÍNEZ, F. **Raíz y futuro de la revolución**. Bogotá: Tercer Mundo, 1963.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, R. **Horas de estudio**. Bogotá: Instituto colombiano de cultura, 1976.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, R. La literatura colombiana en el siglo XX. *In*: JARAMILLO URIBE, J. **Manual de historia de Colombia III**. Bogotá: Colcultura, 1984. p. 445-536.
- GUTIÉRREZ GIRARDOT, R. **La formación del intelectual hispanoamericano en el siglo XIX**. Maryland: University of Maryland at College Park, 1989-1990.
- MOLLOY, S. **Poses de fin de siglo: desbordes del género en la modernidad**. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 2012.
- OSORIO LIZARAZO, J. **La casa de vecindad**. Bogotá: Laguna Libros, 2013.
- RAMA, Á. **Las máscaras democráticas del modernismo**. Uruguay: Arca, 1985.
- RAMOS, J. **Desencuentros de la modernidad en América Latina: literatura y política en el siglo XIX**. Venezuela: Fundación Editorial el Perro y la Rana, 2009.
- RUEDA VARGAS, T. **La sabana y otros escritos del campo de la ciudad y de sí mismo**. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1977.
- SANÍN CANO, B. **El oficio del lector**. Caracas: Biblioteca Ayacucho, 1978.
- SOSNOWSKI, S. **Lectura crítica de la literatura latino-americana: la formación de las culturas nacionales**. Venezuela: Ayacucho, 1996.
- TIRADO M. A. (dir.). **Nueva historia de Colombia IV, VI: luchas de la mujer: vida diaria**. Bogotá: Planeta, 1989.